

PRESENCIA Y HERENCIA GUARANI-MISIONERA EN LA ZONA CENTRAL DEL URUGUAY (DPTO. DE DURAZNO) *

Lic. Oscar Padrón Favre

La presencia guaraní-misionera en la formación inicial de la sociedad oriental es posible constatarla en la totalidad del territorio del Uruguay, tal como lo han ido señalando sucesivas investigaciones. El estado actual de dichos estudios parece recomendar el abordaje de análisis más específicos y detallados sobre la diversa incidencia de tal influencia étnica en las distintas zonas del país, así como avanzar en los marcos temporales analizados. Precisamente, este trabajo pretende colaborar en tales propósitos, centrandó el análisis en la zona central del Uruguay, especialmente en el territorio que corresponde al departamento de Durazno, que ocupa una superficie de 12.200 kilómetros cuadrados, y que tiene como capital la ciudad de Durazno, ubicada junto al río Yí, voz de claro origen guaraní.

En lo temporal nos interesa destacar y analizar la presencia guaraní-misionera a partir del período del nacimiento del Estado Oriental o en momentos inmediatamente anteriores. Por eso de los importantes antecedentes de dicha presencia en los tiempos coloniales – que hemos analizado ya en otro trabajo (Padrón, O., 1998) – realizamos sólo una apretada síntesis.

ANTECEDENTES EN LOS TIEMPOS COLONIALES

De acuerdo a los datos proporcionados hasta el presente por la arqueología, la zona central del actual territorio uruguayo no fue ocupada en tiempos prehispanicos por los guaraníes. Se trata de tierras que representan el corazón de la dilatada pradera ubicada al oriente del río Uruguay, por lo tanto espacio de neto dominio de los grupos de cazadores nómades, principalmente de los identificados históricamente como minuanes o guenoas y charrúas.

El hallazgo de restos cerámicos en lugares próximos a las costas del río Negro (Baeza, J. - Bosch, A., 1973), (Baeza, J. et.al., 1985) parece mostrar la penetración ocasional de algún grupo de guaraníes o rasgos de guaranización en grupos cazadores.

Fue seguramente en la segunda mitad del siglo XVII, cuando la zona de análisis comenzó a presenciar el pasaje del indígena guaraní-tape ecuestre, es decir del indígena integrante de dichas etnias que, proceso de transculturación mediante en las Misiones, se transformó en eximio dominador del

* Ponencia presentada en las VIII Jornadas Internacionales Misiones Jesuíticas, 28-30 de setiembre de 2000. Encarnación-Paraguay.

caballo y criador de ganados, lo que le permitió comenzar a controlar un ecosistema diferente al que habitualmente había ocupado, extendiendo así su dominio sobre buena parte de las vastas praderas rioplatenses. Para ello debió disputar ese dominio, generalmente de forma violenta, con los grupos de cazadores nómades ya mencionados, que tradicionalmente habían tenido hegemonía absoluta sobre tan vasto territorio.

Formado el gigantesco reservorio de la Vaquería del Mar, las tierras centrales de la parte meridional de la Banda Oriental constituyeron lugar de tránsito obligado para los vaqueros guaraní-tapes, que iban hacia ella para realizar gigantescos arreos de ganados, como también para realizar tareas de vigilancia en las costas y evitar el desembarco de portugueses y otras nacionalidades. Ilustrativo al respecto es el diario del viaje a la Vaquería del Mar realizado por el Padre Juan María Pompeyo y el Hermano Silvestre González escrito en 1705 (cf. Campal, E., 1994).

La oposición de los cazadores nómades a que transitaran los tapes por esos territorios, tuvo su principal episodio bélico en la célebre batalla del Yí librada en 1702. El triunfo guaraní misionero en la misma le garantizó continuar teniendo franca la ruta a la Vaquería del Mar que pasaba, precisamente por las cabeceras del río Yí. Esa batalla, además, desarticuló la alianza lusitana-infiel creada desde la Colonia del Sacramento, con el objeto de atacar las Misiones (Acosta y Lara, E., 1960), (del autor, 1997), (Bracco, D., 1999).

En las primeras décadas del siglo XVIII, se buscó acercar los ganados a las estancias que estaban al norte del río Negro, así como salvar a la reserva de la Vaquería del Mar de la depredación de bonaerenses, santafesinos, bucaneros y portugueses de la Colonia del Sacramento o el continente. Luego también de los montevideanos.

Los trabajos de Aurelio Porto (1954), como posteriormente los de Arnaldo Bruxel (1961) y Rafael Carbonell de Masy (1989) han brindado valiosa información sobre el establecimiento de vaquerías misioneras entre los ríos Negro y Yí (límites naturales, junto con el arroyo Cordobés del actual departamento de Durazno).

La presencia misionera en dicho espacio fue cada vez más importante y datan de entonces topónimos que aún mantienen vigencia, tales como Arroyo y Rincón de los Tapes, por ejemplo. Pero fue sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII cuando se puede establecer el comienzo de un proceso más intenso de radicación de población guaraní-misionera en la zona de análisis.

Las epidemias de la década de 1730, los devastadores efectos de la Guerra Guaranítica y la no muy distante expulsión de los padres jesuitas, la posibilidad de desarrollar una vida independiente con abundante disponibilidad de alimentos y en contacto con el frente expansivo hispano-criollo que requería peones, ganados, etc., actuaron como factores favorables a este proceso. El Padre Manuel de Londoño, en su Diario de Marcha de 1755, en su pasaje por el paso Real del Yí, da testimonio de la presencia de grupos de indígenas misioneros escapados de los pueblos de Misiones (Corrales Elhordoy, A., 1990:9-10).

La presencia de los eternos adversarios minuanes y charrúas en la región, hacía que el establecimiento de familias de tapes fugados de los pueblos no fuera nada fácil. Los infieles contaban entonces con el tácito apoyo de Montevideo, quien en su proceso expansivo hacia el norte encontraba en los tapes - que reivindicaban ese territorio y los ganados como propios - un molesto obstáculo.

En el último tercio del siglo XVIII, ese enfrentamiento entre misioneros y montevideanos tendrá al territorio denominado "Entre Ríos Yí y Negro" como uno de sus principales escenarios. Primero fue por los derechos a la explotación de los inmensos rebaños de vacunos allí existentes, estableciéndose a principios de la década de 1770 un largo pleito, sustanciado a lo largo de varios años, entre Yapeyú y los principales empresarios de la explotación de cueros con residencia en Montevideo (Pereda, S., 1938), (Parallada, H. 1965).

Los libros de la Capilla del Pintado (cf. AOF), actual departamento de Florida, dan cuenta de la importante presencia indígena misionera en esa zona central para finales del siglo XVIII. Una concentración importante de familias predominantemente indígenas (González, R.- Rodríguez, S., 1982: 275), tenía como principal motivo de culto a una imagen de bulto de la Virgen, también de origen misionero, conocida como Virgen del Pintado, por el paraje, y luego como Virgen de los Treinta y Tres Orientales, actualmente Patrona del Uruguay (Presas, J. A., 1988). Cuando estalló la Revolución, la población campesina, integrada por numerosas familias de origen misionero, fue en su absoluta mayoría adherente de la línea revolucionaria liderada por el Gral. José Artigas, por lo que recibió los beneficios del Reglamento de Tierras de 1815 que dispuso el fraccionamiento de los latifundios de los enemigos de la Revolución. Misioneros y paraguayos aparecen como beneficiados por dichos repartos (cf. De la Torre, N. - Rodríguez, J. - Sala de Tournon, L., 1969).

Cerrada en 1820 la primera etapa del período revolucionario, conocida como artiguista por el sobresaliente liderazgo del gran Caudillo, en la década siguiente una serie de acontecimientos ocurridos en la zona de estudio provocaron una importante inflexión en la presencia de población guaraní misionera. Los acontecimientos fundamentales fueron la fundación de dos poblaciones, San Pedro del Durazno (1821-22) y San Francisco de Borja del Yí (1833). La primera no estuvo integrada exclusivamente por indígenas pero sí participaron éstos en buen número, en cambio la segunda sí tuvo el carácter de población netamente indígena.

En ambos procesos jugó un papel decisivo el Gral. Fructuoso Rivera, quien después del retiro de Artigas se transformó en la figura de mayor prestigio militar en el territorio de la Provincia y luego Estado Oriental. Rivera, como antes Artigas, vio en el indígena guaraní-misionero - que por entonces vivía el dramático proceso de la descomposición final de sus Pueblos - dos virtudes fundamentales, la de ser una arcilla humana apta para colonizar y poblar la tierra, y la de ser excelentes guerreros. En la fundación de dichas poblaciones ambos objetivos estuvieron presentes.

FUNDACIÓN DE SAN PEDRO DEL DURAZNO (1821-22)

Los hechos de carácter bélico ocurridos en los primeros años de la década de 1820 entre misioneros contra entrerrianos y correntinos provocaron, como sabemos, la trasmigración de un gran número de los primeros hacia la margen oriental del Uruguay (Cambas, A.), (Poenitz, E. – Poenitz, A., 1993), (Machón, F. 1994). El testimonio de Auguste de Saint Hilaire es excelente para dar cuenta de este gran éxodo guaraní-misionero que tuvo lugar en los últimos meses del año 1820 y comienzos de 1821. Precisamente buena parte de esa población misionera fue internada en el interior del territorio oriental, formándose pequeños centros poblados con ella. Es el caso de la población de Santa Ana en Tacuarembó Chico formada con familias provenientes fundamentalmente de Yapeyú. Las familias marcharon desde Belén hacia su nuevo destino a mediados de 1822, acompañadas en su marcha por Fray Domingo Morales.

Otro importante número de inmigrantes indígenas fue conducido hacia la flamante población de San Pedro del Durazno, fundada junto al río Yí por Fructuoso Rivera a partir de 1821 (Parallada, H., 1971), (del autor, 1992).

De su asentamiento tenemos varios testimonios. Por ejemplo el de Juan de Vargas, de julio de 1824, quien al insistir en reclamar la ilegalidad de la fundación de la villa de San Pedro y los repartos de tierras realizados entre sus humildes pobladores, decía por entonces: (del autor, 1992:110)

“... últimamente se ha realizado con un grande número de personas conducidas de todos los puntos de la campaña con el mismo objeto: disposición ésta por la cual a más del terreno señalado al principio al Área y Término de la Villa y de otro Pueblo o sección de la misma que parece ocupan varios Indios, se ven ya llenas muchas leguas de Ranchos...”

A finales de 1824 la llegada a Durazno de integrantes de la Misión Apostólica conocida como Misión Muzzi, nos permite tener otro importante testimonio de esa población misionera que no hacía mucho se había establecido en las proximidades de la villa de San Pedro, especialmente junto a los cursos de agua conocidos como Sandú y Sandú Chico. Relata el Padre José Sallusti: (Furlong, G. 1937: 523)

“el señor don Pedro Juan Antonio Sala, dignísimo sacerdote... se fue a pasar una temporada al campo, a distancia de cuarenta leguas de aquella capital, cerca de un pequeño pueblo de indios llamado Durazno. Invitado por ellos a cantar misa en sufragio de una persona principal, que había muerto en aquellos días quedó muy edificado de la religión y verdadera piedad de aquellos buenos indios, los cuales se reunieron en gran número en su capilla con mucha devoción. Después, una parte de ellos, con su libro en mano, cantó el oficio de difuntos con mucha pausa y apropiado tono. Se cantó después la misa y los mismos indios, en uno de los libros corales dejado por los Padres Jesuitas, acompañaron al sacerdote con el canto gregoriano, muy bien entonado, como si estuviesen todavía bajo el régimen de aquellos buenos Directores de la Compañía que los habían instruido. Notó también el dicho sacerdote que todas las familias, aquí y allá

reunidas en pequeñas poblaciones, tienen su capilla construida de greda y madera, con techo de paja, en la que se reúnen todas las tardes para oír la lectura de cualquier libro devoto, rezar el Santo Rosario con su letanía y practicar otros actos de piedad, reunión a la que ellos dan el nombre de Escuela de Cristo”.

Los indígenas le contaron a los ocasionales y distinguidos visitantes que poseían iglesias adornadas con vasos de plata y ornamentos valiosos, y que durante las guerras contra Portugal éste había invadido sus pueblos, siendo destruidos los mismos y dispersada su población, quedando ésta esparcida en pequeños grupos que se reunían para practicar los oficios religiosos en comunidad.

Otro integrante de la misión apostólica, el canónigo Juan María Mastai Ferretti (luego Papa Pío IX), en su Diario de Viaje recoge también el relato de la destrucción de las Misiones, viejo anhelo portugués conseguido en la guerra contra Artigas, agregando: (Abadie Aicardi, A., 1998:39-40)

“Los sobrevivientes de estos pobres indios católicos han sido transportados el año pasado a un punto que se llama Durazno, a cuarenta leguas de Montevideo, donde procuran conservar sus costumbres y prácticas piadosas, enseñadas a ellos por los Jesuitas. Me contó un sacerdote que en aquellos días había cantado Misa de Réquiem en la iglesia de la nueva población, que cuatro indios cantaron estupendamente con el breviario en la mano, y que otros, con violín y guitarras, acompañaban los cantos. Que las mujeres, todas vestidas de blanco, se colocan en fila por la mañana temprano fuera de la puerta de la iglesia, esperando para oír misa; que todas las tardes, antes del Rosario, en sus hogares se repasa el catecismo y que todos tienen un pequeño oratorio en sus viviendas”

Ratificando lo dicho el propio responsable de la Misión, Monseñor Juan Muzzi, en correspondencia de febrero de 1825 daba cuenta de que los misioneros tratan de mantenerse unidos en poblaciones, siendo una de ellas Durazno: (ídem.: 40)

“Todo el pueblo forma una reducción, con su iglesia y un capellán... Cada rancho tiene su capilla, la que mañana y tarde es frecuentada por toda la familia para sus oraciones. Durante la misa hay música con cantos e instrumentos, todo como se hacía en tiempo de los Jesuitas. Cuando no han podido conseguir un capellán, entonces el Cacique dice la misa seca (sin consagrar) con canto. Es, pues, permanente el bien que hicieron los Jesuitas.”

Muchas de las familias obtuvieron parcelas de tierra dedicándose fundamentalmente a la agricultura, tal como lo revela el Padrón de 1834-6 para la zona denominada Costa del Yí, conocida también como Sandú, por la causa antes mencionada. Se trataba de la zona más inmediata al casco urbano conocido como Villa de San Pedro. En un libro de fábrica de la Parroquia de la Villa hay asientos contables, correspondientes al año 1836, de pagos efectuados **“a los músicos de Sandú, por tocar y cantar en la Iglesia”** (Padrón, O., 1986:62)

Los registros parroquiales también ratifican esa importante presencia indígena en la zona. Un análisis de los libros de bautismos del templo de Durazno, correspondientes a los años 1823 a 1825, arroja los siguientes datos:

Año	Bautizados con apellido indígena
1823-4	20.1 %
1825	24.1 %

Tengamos en cuenta que los datos que ofrecen los registros sólo nos permiten analizar para esos años los que llevaban apellido indígena. No se contabilizan aquellos hijos de naturales que portaban apellidos españoles o portugueses que, como lo demuestra documentación de época, ya eran muchos, a veces la mayoría. En cuanto al origen de los padres de los bautizados, predominan los nativos de los Pueblos Occidentales, especialmente Yapeyú y La Cruz, confirmando el impacto poblacional del éxodo indígena de 1820 en el interior de la Provincia Oriental o Cisplatina.

Otro número importante de los guaraníes inmigrados obtuvo su medio de vida al ser enrolados como soldados del Regimiento de Dragones de la Unión. La Villa del Durazno estuvo signada desde su nacimiento, por su carácter de importante centro militar, condición dada por su posición central dentro de la Provincia Oriental, entonces conocida como Estado Cisplatino. Es sabido que buena parte de los hombres misioneros, al verse obligados a abandonar sus pueblos, encontró en el servicio militar un medio de sobrevivir. Y junto a ellos sus familias, que pasaban a compartir prácticamente todos los aspectos de la vida militar, acompañando a las unidades militares en sus marchas y vicisitudes. Al respecto, el ilustrativo panorama que describió Auguste de Saint Hilaire (ob. cit.) cuando recorrió el litoral del Uruguay y San Borja –encontrando gran número de soldados misioneros integrando las fuerzas portuguesas y acompañados por sus familias - era una realidad que se repetía en muchos lugares del amplio ámbito rioplatense. El Cantón de San Pedro del Durazno era uno de ellos, pues allí tenía su cuartel principal el Regimiento de Dragones de la Unión, unidad predilecta del Gral. Fructuoso Rivera.

En una lista de revista de dicha unidad correspondiente al año 1824, de 22 apellidos registrados 10 son guaraníes, mientras que en otra nómina de viudas que recibían raciones también de dicha unidad, de 22 registradas, 20 poseían apellidos guaraníes (AGN-EA c.603)

El carácter de Durazno como principal centro militar se vio ratificado a lo largo de toda la guerra contra el Imperio del Brasil (1825-1828), lo que promovió nuevos aportes de soldados y familias indígenas a la zona. Muchos de forma transitoria, mientras sus unidades estuvieron allí acantonadas, pero otros radicándose definitivamente. Este fenómeno se incrementó aún más cuando, al nacer el Estado Oriental, Rivera encargado de organizar el ejército nacional tomó como base para hacerlo las unidades que compo-

nían el denominado Ejército del Norte que había formado en las Misiones Orientales, integrado mayoritariamente con misioneros (Padrón, O., 1996). Y como la presencia de Rivera y el ejército nacional en Durazno fue casi permanente entre 1829 a 1836 y entre 1839-1842, sin duda también, esa situación influyó en incrementar por entonces la presencia indígena en la zona. La derrota del Caudillo en Arroyo Grande, a finales de 1842, y su abandono de Durazno al año siguiente, por el contrario, determinó el alejamiento de un gran número de misioneros o descendientes de ellos, pues siguieron el destino de los ejércitos o de los convoyes de carretas que conducían a las familias (Poenitz E., 1991).

EL PADRÓN DE CA.1834

Un documento fundamental, para conocer la presencia de población indígena en Durazno al nacer el Estado Oriental, lo constituye el Padrón de todo el departamento realizado en distintas etapas, pero que tiene al año 1834 como su eje principal (AGN-EA Libro 280).

Los resultados finales arrojaron una población total de 3.450 habitantes en el departamento, pudiendo ubicar hasta el presente las planchas correspondientes a 3.033 empadronados.

El análisis de los mismos nos permitió establecer que en la categoría "clases", aparecen 590 pobladores clasificados como "Indio", representando el 22 % del total. Debe precisarse que no fueron empadronados los habitantes de San Borja del Yí, pues jurisdiccionalmente esa localidad pertenecía al departamento de San José. Esta importante población de 590 indígenas, pues, remite a instancias de radicación anteriores a la fundación de esa villa indígena.

Respecto a la localización, es notoria su ausencia casi del medio urbano, la Villa de San Pedro del Durazno, dónde sólo el 7.8% de los pobladores fueron clasificados como indígenas. En cambio en el medio rural alcanzan incidencias diferentes según los parajes pero siempre superiores a la registrada en el centro urbano capital del departamento: "Molles y Tala" 13 %, "Cuadra y Maestre Campo" 18 %, "Las Conchas y los Perros" 19 %, "Caballero", 24 %, "Carpintería" 39 % y "Costa del Yí" 90%. Sin duda este último guarismo revela una concentración excepcional que se explica por referirse a la zona que hemos identificado como Sandú, próxima a la Villa de San Pedro, que fue considerada casi como una población aparte por los testimonios de la Misión Musí, según ya vimos. Pasada más de una década de la formación de ese núcleo de población, el Padrón revela una importante cohesión social. Allí fueron empadronados 156 personas, de los cuales 141 eran indígenas. De los 54 indígenas adultos, sólo en 7 casos al definir la "patria" se registró Misiones, en todos los demás aparecen como "orientales". Sin embargo, en los libros parroquiales de Durazno muchos de ellos declararon ser nativos de distintos pueblos de las Misiones, sobre todo Occidentales.

En cuanto a la ocupación, la mayoría absoluta figura como "Labrador", ocupándose seguramente de la producción de granos, hortalizas y frutas

para proveer a la cercana Villa de San Pedro y a las fuerzas militares, siempre acantonadas en sus proximidades.

En la zona rural propiamente dicha, donde la unidad de producción principal era la estancia, los hombres misioneros aparecen figurando mayoritariamente como "peones", "agregados", algunos como "capataces". También en importante número como "labradores" o "chacareros", distinguiéndose así de los pobladores de origen blanco y negro, pues estos últimos no aparecen como practicando la agricultura, salvo excepciones. No faltan, pero aparecen en muy pocos casos, indígenas que figuren como "Hacendados"

Las mujeres con frecuencia aparecen como "agregadas", alguna como "costurera", pero tampoco faltan algunas en calidad de "viudas" y "Hacendadas".

Respecto al mestizaje, el padrón demuestra que los indígenas mantenían una acentuada tendencia endogámica, predominando netamente los matrimonios con ambos cónyuges indígenas. Sin embargo debe destacarse que eran frecuentes los matrimonios donde el esposo es blanco (oriental, americano o europeo) y la mujer es una china. Excepcionales, en cambio, son los matrimonios inversos, es decir el hombre indígena y la mujer blanca.

FUNDACIÓN DE SAN BORJA DEL Yÿ (1833).

Un acontecimiento fundamental en la historia de la presencia misionera en la zona lo constituyó la fundación de la última población netamente indígena en el Uruguay, San Francisco de Borja del Yÿ. Ésta - también fundada por decisión de Fructuoso Rivera, entonces Presidente constitucional - se ubicó muy próxima a Durazno, pero en tierras pertenecientes jurisdiccionalmente al departamento de San José. San Borja del Yÿ ha merecido varios estudios, sobre todo en los últimos años, que han puesto en evidencia su origen, trayectoria y significado dentro del ciclo histórico del pueblo misionero, por lo cual remitimos a ellos para una visión detallada de su existencia (Ramírez, A. :1958), (Barrios Pintos, A.: 1985), (Cabrera, L.- Curbelo, C., 1985), (del autor, 1986) (Montero López, P. : 1989) (del autor, 1996), (Curbelo, C.- Padrón, O.- Riso, M., 1998).

Solamente diremos, como síntesis, que la misma constituyó el último capítulo de la azarosa existencia que tuvo la población misionera que inmigró al Estado Oriental cuando precisamente éste nacía, a comienzos de 1829, (cf del autor: 1996). Con esa población misionera que ingresó por el norte-superior a las 6.000 almas según nuestras estimaciones - se fundó primero Bella Unión (1829-1832) y luego San Borja del Yÿ, cuyo ciclo vital abarcó dos períodos, de 1833 a 1843 y de 1854 a 1862. San Borja se fundó con misioneros de once pueblos (cf. del autor, 1991) que conservaban sus autoridades y cabildos, los últimos que funcionaron en Uruguay. Su vida fue sumamente azarosa y trágica al encontrarse aprisionada en las dos peores luchas de su tiempo: la lucha política entre las nacientes divisas blanca y colorada (confrontación de su primera disolución) y la lucha por la tierra, que provocó su desaparición definitiva en 1862.

La figura de la Cacica o Mayordoma de San Borja, Luisa Cuñambuÿ - esposa del Corregidor de San Borja, Fernando Tiraparé - tratando infructuosamente de retener para la diezmada comunidad misionera un pedazo de tierra propio, es realmente paradigmática de la tragedia vivida por su raza. Con su muerte, ocurrida en 1881, posiblemente desapareció el último elemento importante de aglutinación de la población misionera y sus descendientes en la zona, que ella reunía en su oratorio particular próximo a la Villa de San Pedro del Durazno (del autor, 1996).

Una porción de la población de San Borja, imposible de determinar su número, se incorporó a la sociedad rural de la zona central del Uruguay, actuales departamentos de Florida, Flores y Durazno, siendo su destino similar al que vimos que mostraba el padrón de 1834-1836 para los indígenas. Los hombres en su mayoría se transformaron en peones o agregados en las estancias, labradores de chacras o mantuvieron un carácter más independiente como monteadores, pescadores, areneros, etc. Las mujeres, por su parte, también aparecen como agregadas en las estancias, cultivando chacras o en el servicio doméstico en los centros urbanos. Sin embargo debe volver a destacarse, que en muchos casos ellas pudieron ascender socialmente al unirse en pareja o matrimonio con hombres blancos o mestizos, que en no pocos casos eran hacendados. San Borja representó en tal sentido un excelente lugar para obtener compañeras, condición excepcional en un medio rural, siempre escaso de mujeres. De ahí que pasadas muchas décadas de su existencia, en la memoria popular se mantenía el recuerdo para "**las chinas de San Borja**" como alguna crónica periodística lo recordaba aún a comienzos del siglo XX.

UNA DIFÍCIL BÚSQUEDA DE RASTROS POSTERIORES

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, se hace mucho más difícil rastrear a los pobladores de origen indígena y sus descendientes. En los archivos parroquiales se elimina la clasificación racial, sin duda siempre imprecisa, pero que de todas formas brinda al investigador una ayuda importante. Por otra parte, el proceso de pérdida de los apellidos indígenas se acentúa totalmente aún cuando, como veremos, algunos se conservaron y conservan. El gentilicio "*misionero*" también prácticamente desaparece tanto de los registros parroquiales como del Registro Civil establecido en el país en 1879. Aunque siempre existen excepciones, como lo señalan los siguientes ejemplos.

En 1880 se bautiza en la Parroquia de Durazno a Paulino Tacuaratí "**hijo de Estefanía Tacuaratí, misionera**" (APSP Libro 9 baut.). En el mismo año en la 7ª. Sec. del departamento de Durazno falleció Secundina Amarillo, hija de Santa Amarillo, "**misionera**" (ARCD T.II).

Pero eso son excepciones. Los gentilicios "*oriental*", "*brasileño*" o "*argentino*", ocultaron cada vez más el origen misionero de muchos pobladores. De donde no desapareció totalmente la palabra "*misionero*" fue de la memoria oral. Se mantuvo allí pese a la negativa influencia de la enseñanza pública formal, que borró toda referencia a tal grupo de indígenas e hizo del

charrúa el sinónimo casi excluyente de lo indígena para Uruguay. Tuvimos la satisfacción de llegar a conocer a personas, en su mayoría ancianas, que recordaban que sus antepasados se referían a su origen como **"misionero"**. En algún caso, incluso, ellos mismos sentían extrañeza al decirlo, pues manifestaban que en la escuela nunca les habían hablado de un grupo indígena de tal denominación.

Otro elemento importante a destacar, es que pese a haber desaparecido la mayor parte de los apellidos indígenas que uno encuentra en la documentación del pasado siglo, aún algunos mantienen vigencia. Incluso, en algunos casos, se puede rastrear exactamente el origen misionero específico y el árbol genealógico hasta el presente. Entre los apellidos de origen guaraní-misionero que aún se conservan en el Uruguay podemos registrar los siguientes: Barité, Cumbay, Samandú, Tacuaratí, Bacarí, Ñongoy, Taparí, Biraqué, Arapí, Manduré, Carapé, etc. (cf. del autor, 1986).

DESCENDENCIA MISIONERA Y MARGINACIÓN RURAL

Hasta la década de 1870, la mayoría absoluta de la remanente población misionera y sus descendientes, cada vez más mestizados, vivieron en el medio rural en las condiciones ya señaladas, favorecidos por la práctica del pastoreo libre de los ganados que demandaba bastante mano de obra en las estancias. Pero a partir de mediados de la década señalada, las condiciones de vida en el medio rural experimentaron un cambio dramático para los sectores más humildes. El cercamiento de las propiedades por medio del alambrado - sumado a otras novedades tecnológicas que hacen que se conozca ese período como la primera Modernización -declararon innecesaria la existencia de tanta población de puesteros, peones y agregados en las estancias, provocando su expulsión de las mismas.

Un testigo de la modernización rural y de sus efectos devastadores sobre la población rural más humilde, decía en 1879: (cit. Jacob, R., 1969:47)

"Cada estancia que se cerca representa 10, 15 o 20 individuos o familias que quedan en la miseria, sin otro horizonte que una vida incierta, degradada por el servilismo del que tiene que implorar la caridad para vivir y alentando en su corazón odios hacia esos cercos, causa de su terrible estado."

Hemos expresado en un trabajo anterior sobre el tema: (1997: 17)

"Reunirse en rancheíos -denominados también en los comienzos "tolderías" o "pueblos de ratas" - a la vera de estancias o en algún retazo de tierra fiscal fue la opción para los que deseaban permanecer en el campo. De lo contrario debían emigrar hacia la periferia de los centros poblados, los cuales rápidamente se vieron rodeados de rancheíos."

Respecto a ese temprano éxodo rural, en 1887 un periódico de la Villa del Durazno informaba: (cit. del autor, 1992: 230)

"Dícese que en los arrabales de la población (Villa de Durazno) hay infinidad de familias que viven en la más completa indigencia. Algunas de estas familias han sido desalojadas de varios establecimientos rurales, en los cuales vivían como agregados."

Esa creciente masa de desheredados, concentrada en los rancheríos rurales o peri-urbanos, pasó a conocerse popularmente como **"el pobrerío"**. Y en su composición sin duda, tuvieron un papel muy importante ancianos indígenas misioneros y, sobre todo sus descendientes mestizos.

Domingo Ordoñana, un sagaz observador de los cambios ocurridos con la población rural más pobre - con el gauchaje propiamente dicho - esbozó, en un trabajo de 1875, un análisis de la formación de la población rural del Uruguay, distinguiendo el origen mayoritariamente europeo de los sectores que económicamente predominaban en el campo, del origen de aquella masa de población oriental más pobre, con fuerte herencia indígena y negra: (cit. el autor, 1997: 22)

"En las estancias empezaron los cruzamientos entre los criados indígenas y los esclavos etiípicos, y de ellos proceden esos seres incalificables que nunca han tenido hogar ni han conocido familia ni lazos de amistad; verdaderos gitanos en su propia patria, se han multiplicado infinitamente hasta llegar a nosotros".

De esta forma, desde las dos últimas décadas del pasado siglo, la zona de análisis presencié el surgimiento de una serie de "rancheríos", donde buena parte de la vieja población oriental campesina encontró refugio. En el departamento de Durazno pueden citarse como ejemplo el caso de rancheríos como Los Agrégados, La Bolsa, Los Rojas, Los Bellacos, Verdún, La Mazamorra, La Alegría, San José de las Cañas, La Paloma; en el caso del vecino departamento de Florida, pueden citarse Polanco del Yí, el Infiernillo, Pueblo Las Chilcas. Censos realizados entre 1939 y 1943 revelaron la existencia en el departamento de Durazno de aproximadamente 66 rancheríos rurales o peri-urbanos. Para el Departamento de Florida se registraron alrededor de 31 (cf. Chiarino, J.-Saralegui, M. 1944)

En nuestra búsqueda de descendencia guaraní-misionera, ha sido una constante que la mayor parte de los casos obtenidos están asociados a pobladores de estos rancheríos. En tal sentido la población de La Paloma, ubicada en la 7ª. sección judicial del departamento de Durazno, supone un caso realmente particular y rico por los detalles allí obtenidos de descendientes misioneros, los que son analizados en un trabajo en preparación. Solamente presentamos en esta oportunidad parte de una descripción realizada en 1898 por un ocasional viajero, que desde su óptica "civilizada" condenó con duros juicios a esta humilde población rural con fuerte presencia demográfica de origen indígena: (cit. del autor, 1992: 386)

"... se han construido allí tal vez unos sesenta o setenta ranchuelos de más o menos capacidad y estructura original, que forman el referido pueblo. Los pobladores son casi sin excepción de raza indígena bien pronunciada con algunas variaciones de raza africana y otras mezclas de origen europeo."

Los ranchos se hallan esparcidos sin ninguna simetría en un orden que puede llamarse al acaso ... Todos son de terrón y techado con paja, rodeados de un alambrado deficiente y de tierras rojizas y áridas, donde el arado o la pala ha descubierto el subsuelo.

El aspecto que ofrece el pueblo de La Paloma no deja de ser pintoresco y llama la atención del viajero, pues él es un representante genuino de nuestras costumbres primitivas. Por cierto que allí no se nota ese bienestar que aún en el exterior se conoce en los hogares del colono extranjero. Tampoco se encuentra esa animación que en los terrenos sometidos a la agricultura se nota siempre alrededor de las viviendas y que causan los animales domésticos de toda clase que allí son indispensables. Ni tampoco alegra la monotonía del lugar la presencia de plantaciones de arboricultura, nada de eso. Cuando muy mucho se halla al lado del rancho, al rayo solar, desparasitando á alguna criatura alguna china desgüeñada, mientras que la criatura tritura los granos negruscos de una espiga de maíz semicarbonizado"

Esta dolorosa imagen de la marginación rural fue un espectáculo común a buena parte del Uruguay, en alguna forma vigente hasta la segunda mitad del siglo XX. El empeño de imponer un imaginario de país feliz y europeizado hizo que se procurara ocultar esta dura realidad y, por supuesto, menos aún se procuró investigar los orígenes étnicos de esta población. El mito de que los únicos indígenas uruguayos habían sido los charrúas y que de ellos no quedaba herencia ninguna, venía de perlas al imaginario urbano-progresista impulsado sobre todo desde Montevideo. La posibilidad de reivindicar una presencia de herencia indígena en el poverío rural o de los arrabales urbanos, quedaba así totalmente inhibida. Aún el habla popular, más precisa para narrar sin eufemismos la realidad, describió siempre a los pobladores de esos rancheríos como **"el chinerío"** o **"las chinas y chinos de las orillas"**, conservando los términos con que desde los lejanos tiempos coloniales se identificaba a la población indígena.

Se planteaban así, claramente, las diferencias étnicas entre los "centros" urbanos, donde predominó siempre la población blanca hispano-criolla y luego la inmigrante europea, con la de "las orillas" donde la descendencia indígena y negra mestizada fue generalmente mayoría. En la zona central del Uruguay, esa antinomia fue notoria.

DESCENDENCIA MISIONERA Y EJÉRCITO

La presencia de misioneros y sus descendientes en los cuerpos del ejército del Uruguay fue, como hemos visto, una constante desde su mismo origen. Esa característica se mantuvo a lo largo del siglo XIX cuando la población rural más desheredada -indígena, negra y mestiza, mayoritariamente -fue la principal proveedora de hombres para integrar las unidades militares. En el siglo XX no cambió mucho este panorama, al menos durante las primeras décadas. Para muchos pobladores del medio rural, sobre todo después del proceso de marginación antes referido, entrar a servir como soldado significaba, para él y su familia, escapar del hambre. Incluso, en tiempos donde los ascensos se daban en el mismo campo de batalla, podían hacer importante carrera dentro del Ejército, como sucedió en no pocos casos. De esta forma, la carrera militar fue casi la única vía de cierto ascenso social para los misioneros y sus descendientes.

Respecto a la presencia de descendencia indígena, un médico-cirujano del Hospital Militar de Montevideo, refiriéndose a los desastres causados en las filas del ejército uruguayo por el flagelo de la tuberculosis, decía en 1917 (préstese atención a la fecha): (Mañé, A., 1917: 67-69)

"Nuestro Ejército, exclusivamente de línea, formado por reclutamiento voluntario, cuenta en sus filas (hago excepción de la oficialidad) y forman su gran mayoría, negros, mulatos, indios, mestizos, etc. Estas razas son de las más castigadas por la tuberculosis..."

Durazno, desde su origen y hasta el presente, no perdió nunca su carácter de importante centro militar, lo que determinó a lo largo del siglo XIX la permanente presencia de unidades. El cuartel y a su alrededor infinidad de ranchos, donde vivían los soldados de la tropa y sus familias –que hacen recordar la descripción de Saint Hilaire – fue un espectáculo permanente en Durazno. Dentro de esa característica que explica también la presencia de población descendiente de misioneros en la zona, debe destacarse el establecimiento en 1898, y con carácter definitivo hasta hoy, del Regimiento de Caballería No.2, comandado por el entonces Cnel. Pablo Galarza (1848-1937) quien alcanzó, posteriormente, el grado de Teniente General. Este destacado militar en buena medida simbolizó esa herencia indígena misionera en el ejército del Uruguay. Su madre, María Fleitas, era indígena y su padre, el también Gral. Gervasio Galarza Buiquirí (ca.1827-1901) era hijo de una india, natural de Paysandú, llamada María Buiquirí Vayó, quien sabía leer y escribir según destaca su partida de matrimonio de 1827 (cf. Lockhart, W. 1968).

Las fuerzas del Cnel. Pablo Galarza tenían un fuerte componente indígena de acuerdo a diversos testimonios de época, de ahí que no fuera una expresión antojadiza aquella de **"los indios de Galarza"**. Tan mentados como sus soldados eran las mujeres y madres de éstos que acompañaban al Regimiento No. 2 en todas sus marchas, especialmente en tiempos de guerra, las aún recordadas **"chinas de Galarza"** o **"galarceras"**. De esta forma se mantenía el atavismo indígena que hacía que las marchas de los ejércitos fuera en realidad la marcha trashumante de verdaderas poblaciones. En 1903 un cronista montevideano, asombrado ante el espectáculo primitivo que daba el ejército del Gobierno a causa de las fuerzas de Galarza acompañadas de mujeres, relataba: (Manini Ríos, P., 1903)

"Algunas de ellas llevaban la familia a cuesta, y no escaseaba el pintoresco espectáculo de conducir un tapecito a la grupa y otro atado a la espalda, remedo de costumbres africanas (sic), verdadero atavismo originario. Y aquellas chinas, crudas, osadas, varoniles, cuyo sexo se adivinaba apenas por la mata desgreñada y recia de los cabellos y por sus formas escurridas, agostadas por las fatigas y las vicisitudes cotidianas, parecían identificarse con la soldadesca impávida y fuerte".

Y en otro pasaje, dando exactamente en el origen indígena predominante en la mayoría de ellas, agrega:

"En estas mujeres de tipo indígena, de formas crudas e incultos sentimientos, existe ingénita y vibrante, mal oculta por la tosquedad plebeya, la

misma fibra heroica que ha inmortalizado a las matronas de Roma y a las mujeres espartanas..."

Numerosos descendientes de esos soldados y esas "chinas" del Regimiento 2°. de Caballería aún viven en Durazno.

REFERENCIAS Y CITAS

- Abadie Aicardi, Oscar
1998 "La fe de una cristiandad indígena" en Rev. Disenso No. 15, Buenos Aires.
- Acosta y Lara, Eduardo
1960 "La guerra de los charrúas" Ed. Monteverde Montevideo.
- Assunção, Fernando
1984 "Presencia e influencia de la Compañía de Jesús en la antigua Banda Oriental" en Folia Hist. del Nordeste, No. 6, Resistencia.
- Baeza, Jorge – Bosch, Ademar
1973 "Algunos hallazgos de posible origen guaraní" en Anales II Congreso Nacional de Arqueología, Fray Bentos.
- Baeza, Jorge et.al.
1985 "Palmar, una experiencia multidisciplinaria" en Estado Actual de las Investigaciones Arqueológicas en el Uruguay, CEA Montevideo.
- Barrios Pintos, Aníbal
1985 "El extinguido pueblo de San Borja del Yí", en El Día (suplemento dominical Nos. 2684 a 2687) Montevideo.
- Bracco, Diego
1999 "Una degollación de charrúas" Librería Retta, Montevideo.
- Bruxel, Arnaldo
1961 "O gado na antiga Banda Oriental do Uruguay" en Pesquisas No. 14, Inst. Anchieta de Pesquisas, Porto Alegre.
- Cabrera, Leonel – Curbelo, M. Del Carmen
1985 "San Francisco de Borja del Yí: un emplazamiento misionero en territorio uruguayo" en Anais do VI Simposio Nacional de Estudos Missioneiros Santa Rosa.
- Cambas, Aníbal
1939 "Los antecedentes político-históricos de Misiones" Buenos Aires.
- Campal, Esteban
1994 "La cruz y el lazo" Ed. Banda Oriental, Montevideo.
- Carbonell de Masy, Rafael
1989 "La génesis de las vaquerías de los pueblos tapes y guaraníes de la Banda Oriental del Uruguay a la luz de documentación inédita, apenas conocida" en Anais do VIII Simposio Nacional de Estudos Missioneiros, Santa Rosa.
- Corrales Elhordoy, Ángel
1989 "Artillería Española en Indias. Guerra guaranítica" Montevideo.
- Curbelo, Carmen – Padrón, Oscar – Risso, Ma. Esther
1998 "Una población guaraní-misionera en territorio uruguayo: San Francisco de Borja del Yí" en Anales VII Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas, Resistencia.
- Chiarino, Juan V. – Saralegui, Miguel
1944 "Detrás de la ciudad. Ensayo de síntesis de los olvidados problemas campesinos" Montevideo.
- Furlong Cárdiff, Guillermo

- 1937 "La misión Muzzi en Montevideo 1824-1825" en Rev. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. XIII, Montevideo.
- González Rissotto, R. – Rodríguez Varese, Susana
1982 "Contribución al estudio de la influencia guaraní en la formación de la sociedad uruguaya" en Revista Histórica T. LIV, Nos. 160-162, Montevideo.
 - - Ídem.
1989 "Los últimos pueblos de guaraníes en la Banda Oriental del Uruguay entre los años de 1820 y 1862" en Anais do VIII Simposio Nacional de Estudos Missioneiros, Santa Rosa.
 - Jacob, Raúl
1969 "Consecuencias sociales del alambrado (1872-1880)" Ed. Banda Oriental, Montevideo.
 - Lockhart, Washington
1968 "Vida de dos cuadillos: los Galarza" Ed. Banda Oriental, Montevideo.
 - Machón, Jorge Francisco
1994 "Misiones después de Andresito" Jardín América.
 - Maeder, Ernesto- Bolsi, Alfredo
1981 "La población de las Misiones después de la expulsión de los jesuitas" en Anais do IV Simposio Nacional de Estudos Missioneiros, Santa Rosa.
 - Manini Ríos, Pedro
1903 "Crónicas periodísticas" en El Día Nos. 4167, 4175, 4182, Montevideo.
 - Mañé, Alberto
1917 "La tuberculosis en el Ejército del Uruguay" en La Tuberculosis No. 8, Montevideo.
 - Montero López, Pedro
1989 "Desde Santa Rosa del Cuareim a San Francisco de Borja del Yí" en Rev. del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay T. XXVI, Montevideo.
 - Padrón Favre, Oscar
1986 "Sangre indígena en el Uruguay" Montevideo.
 - - Ídem.
1991 "Censo guaraní-misionero de 1832" en Boletín Histórico del Ejército Nos. 283-286, Montevideo.
 - - Ídem.
1992 "Historia de Durazno" Intendencia Municipal de Durazno, Durazno.
 - - Ídem.
1996 "Ocaso de un pueblo indio. Historia del éxodo guaraní-misionero al Uruguay" Ed. Fin de Siglo, Montevideo.
 - - Ídem.
1997 a "Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní" en Cuadernos de Estudios Históricos y Sociales "Serie Guaraníes-Misioneros" No. 1, Durazno.
 - - Ídem.
1997 b "Presencia indígena en el pobrerío oriental" en Cuadernos de Estudios Históricos y Sociales "Serie Guaraníes-Misioneros" No.1, Durazno.
 - - Ídem.

1998 "Presencia misionera en la zona central de la Banda Oriental" en *ler. Encuentro de Arqueología e Historia Misionera*, durazno.

- Parallada, Huáscar
1996 "En la otra Banda del Yy" Gráfica Berchesi, Florida.
- - Ídem.
1971 "San Pedro del Durazno" Ed. Letras, Montevideo.
- Pereda, Setembrino
1938 "Paysandú en el siglo XVIII" Imp. El Siglo Ilustrado, Montevideo.
- Poenitz, Edgar
1991 "La dispersión de los guaraní-misioneros hacia el área meridional, según documentación de 1843" en *Anais do IX Simposio Nacional de Estudos Missioneiros*, Santa Rosa.
- Poenitz, Erich – Poenitz, Alfredo
1993 "Misiones, provincia guaraníca" Editorial Universitaria Univ. Nacional de Misiones, Posadas.
- Porto, Aurelio
1954 "Historia das Missoes Orientais do Uruguay" Librería Selbach T.II, Porto Alegre.
- Presas, Juan A.
1988 "Historia de la Virgen de los Treinta y Tres", Florida.
- Ramírez, Arbelio
1958 "Dispersión de los últimos indios misioneros" en *Boletín Banco Hipotecario* No. 82, Montevideo.

* * *